

19 de diciembre.

Deseo ir pronto al Paraíso.

Don Bosco ha sido visitado por varios distinguidos personajes de Chile que van á Roma. Uno de ellos, viéndole tan postrado, le dice:—*Nosotros rogaremos mucho al Señor á fin de que le libre de sus incomodidades y le conserve aún muchos años.*— Don Bosco le responde:—*Deseo ir pronto al Paraíso: desde allá podré trabajar mucho más por nuestra Pía Sociedad y por mis hijos y protegerlos. Aquí no puedo hacer ya casi nada por ellos.*

## II. ANGUSTIAS

20 de diciembre.

Última salida.—Buen fin.

El pobre Don Bosco respira con mucha dificultad y vese obligado á recogerse á las 7 de la tarde y levantarse á las 10 de la mañana. Oye en la cama la santa Misa y comulga. Hasta las 12 da audiencia á los bienhechores de sus obras y á las personas extrañas de la casa que vienen para diversos asuntos. Hace ya cuarenta años que dedica

todas las mañanas á aconsejar, bendecir, consolar, socorrer y alegrar á todos los que vienen á verle. Ha sido ésta una de las ocupaciones más fatigosas de su vida. Esta mañana se halló sumamente falto de fuerza.

Por la tarde ha salido á paseo en coche. Le bajaron sentado en un sillón. A pesar de las muchas instancias de sus hijos era la primera vez que permitía que le llevasen así y fué también la última. Le acompañaban D. Juan Bonetti y D. Carlos Viglietti, los cuales, durante el paseo, hablaron mucho de los hermanos que deseaban ayudarle. Él callaba y escuchaba enternecido; mas de repente dice:—*Viglietti, apenas lleguemos á casa, acuérdate de escribir en mi nombre estas palabras para todos los Salesianos: Los Superiores Salesianos tengan siempre una gran benevolencia hacia sus inferiores y especialmente traten bien y con caridad á las personas de servicio.*

Al regreso, cuando llegó á la carrera *Regina Margherita*, un desconocido hizo parar el coche. ¿Quién era? Un buen señor de Pinerolo que había sido uno de los primeros niños del Oratorio. ¡Con cuánto gusto le vió Don Bosco! Dicho señor había venido á Turín para arreglar algunos asuntos, y quiso ver á D. Bosco. Sabiendo que habría de pasar por aquel sitio, le esperaba en medio de la calle.

—*Amigo mío, le dijo Don Bosco, ¿cómo van tus cosas?*

—*Así, así,* respondió el caballero; *ruegue por mí.*

—*Y en cuanto al alma, ¿cómo estás?*

—*Procuro ser siempre digno alumno de Don Bosco.*

—*Gracias, bien, Dios te lo pagará. Ruega tú también por mí.*—Y se despidió de él bendiciéndole y diciéndole:—*Te recomiendo la salvación del alma: vive siempre como un buen cristiano.*

Vuelto á casa y entrando en su aposento, dijo amorosamente el Sr. Berrone, jefe de los que con inexplicable regocijo se habían ofrecido á llevarle en el sillón:—*Lleva cuenta de todo; te lo pagaré un día todo junto.*—Poco después llegó el Sr. Dr. Albertotti, el cual le encontró muy mal y le obligó á acostarse. Algunos minutos antes, preguntado por el acólito Festa cómo se sentía, respondió conmovido:—*Ahora no debo pensar sino en tener un buen fin.*—Observósele que con un poco de reposo se sentiría mejor; pero él repitió:—*No falta más que hacer un buen fin.*

Durante el día escribió sobre una estampa estas palabras: *María, tu nos ab hoste protege, et mortis hora suscipe.*—Y en otra escribió en italiano:—*María, l' aiuto tuo forte, dà in punto di morte all' anima mia.*

#### 21 de diciembre.

##### Diagnóstico alarmante.

Don Bosco está muy mal y con frecuencia siéntese excitado al vómito. No apetece nada. Ha

guardado cama todo el día. La respiración es afanosa, acompañada de fiebre. El médico nos ha entristecido diciéndonos:—*Si el enfermo continúa así, no tendrá más que cuatro ó cinco días de vida.*—No obstante está tranquilo y dice de vez en cuando alguna palabrita jocosa.

A las ocho y media de la noche dijo:—*Hoy á eso de las cuatro creía que no me faltaba ya nada para morir. Había perdido el conocimiento. Ahora me siento algo mejor.*—Tomó un poco de sopa y en seguida dijo en broma al secretario:—*Viglietti, dame un poco de café helado... pero que esté caliente...*—Y re a.

#### 22 de diciembre.

*Me voy á la eternidad — Don Bosco y sus hijos—Los doctores—El Cardenal Alimonda—El Confesor.*

Don Bosco continúa bastante mal y no retiene nada de lo que come. A las 12 dijo al secretario:—*Procura no estar solo. Necesito que alguno esté preparado para administrarme la extremaunción.*

—*Don Rua está siempre en su cuarto, muy cerca de aquí. Por lo demás Ud. no está tan enfermo que deba hablar de este modo,* le respondió aquél.

—*¿Se sabe,* replicó Don Bosco, *se sabe ya en casa que yo estoy tan mal?*

—*Sí, Don Bosco, no sólo en casa, sino también en*

*todas las otras casas y quizá en todo el mundo, y todos ruegan por Ud.*

*—¿Para que yo sané? Me voy á la eternidad.*

Está conmovido y á todos los que se acercan á él dales recuerdos como si hubiese de abandonarlos muy pronto. A Don Bonetti le ha dicho:—*Sé siempre el sostén de Don Rua.*—Al Secretario:—*Haz que esté preparado el Santo Viático. Somos cristianos y con gusto se ofrece la vida á Dios.*

A las doce y media vinieron tres señores de Bélgica. Dijo que entrasen con tal que prometiesen rogar por él. Los bendijo, y—*Prometedme, les dijo, rogar por mí, por los Salesianos y especialmente por los Misioneros.*

A un joven sacerdote salesiano le dijo:—*Di á tu madre que la saludo, que se ocupe en educar cristianamente á la familia, y que ruegue también por mí; tú sé siempre un buen sacerdote y salva muchas almas.*

Insiste con frecuencia en que todo esté preparado para recibir los últimos sacramentos.

A las 2 de la tarde se siente muy mal y dirige la palabra al Ilmo. Sr. Cagliero:—*Procura decir al Sr. L. que se acuerde de nuestros Misioneros; yo me acordaré de él y de su buena familia. Rogad todos por mí. Di á todos los compañeros y hermanos que rueguen por mí, á fin de que muera en gracia de Dios: no deseo más... que tengan fe viva y procuren ponerla en práctica.*

Los más antiguos de la casa, señores Don Domingo Belmonte, Don José Lazzero, Don Joaquín

Berto, Don José Rossi, Don José Buzetti y otros vienen por turno á pasar algún rato en su cuarto. Y aunque él habla con dificultad, les recibe con sumo agrado y cariño. Ya les saluda en broma á lo militar, ya levantando, ya bajando las manos, ya, en fin, indicando lo ocurrido al que se acerca á su lado.—*¿Lo ves? Es él,* decía señalando con la mano derecha ó bien apretando la de quien besaba la suya:—*¡Oh, querido mío, eres siempre mi querido!*—A un Salesiano decía en voz baja:—*Sé que tu madre se halla en necesidad. Háblame francamente y sólo á mí, sin que ninguno venga á conocer tus secretos. Te daré yo mismo, sin que nadie lo sepa, todo lo que necesite.*—A todos pregunta con vivo interés noticias de su salud, si están bien abrigados, si necesitan alguna cosa. Ha preguntado también al Ilmo. Sr. Cagliero cómo ha pasado el día, cuáles habían sido las ocupaciones de cada uno, qué trabajo especial tenían entre manos. Con los que le cuidan manifiesta siempre el temor de que la privación del descanso y recreo les haga daño. Pero el amor es causa de que no se separen de su lecho los piadosos é incansables enfermeros, que no quieren ceder á nadie el honor y gusto de servirle. Muchas veces la ternura que siente por sus hijos le hace derramar abundantes lágrimas. Nos había dicho años hace:—*La única separación que me hará sufrir á la hora de la muerte será la vuestra.*

En efecto, la caridad de su corazón no puede ser comprendida del todo. Y esa caridad le obliga

á distraer el recuerdo de sus hijos con algún chiste ó broma, apenas advierte que están tristes ó sufren por él. A uno de los Superiores que al verle no pudo ocultar la emoción.—¿Has tomado ya la merienda? preguntóle medio sonriéndose; *pregúntale también á Don Viglietti si la ha tomado*. Ama á todos y á cada uno como si fuese el único objeto de su afecto.

Cierto día un joven sacerdote quería demostrar delante de varios hermanos que le escuchaban muy atentos, cómo él había disfrutado la especial confianza de Don Bosco. De repente otro le interrumpió, diciéndole:—Estos te contradicen con el corazón porque cada uno de ellos cree haber sido el preferido.

—¡Es verdad! exclamaron todos. Y si hubiesen sido millares los circunstantes, habrían respondido todos del mismo modo, porque amaba á todos con afecto de padre.

A las tres y media tiénese larga consulta entre el médico de la casa Sr. Albertotti y los doctores Fissore y Vignolo. Don Bosco se halla aliviado. Sólo Dios puede premiar los solícitos cuidados, las continuas visitas, el generoso desinterés, las demostraciones de afecto hacia Don Bosco de estos insignes médicos y bienhechores nuestros. Don Bosco no cesa de darles gracias con las lágrimas en los ojos.

A las 4 1/4 de la tarde entró en el aposento del enfermo el Emmo. Sr. Cardenal Alimonda, que le abraza y besa tiernamente. Es una escena en

extremo conmovedora. Don Bosco descúbrese la cabeza, y — *Eminentísimo Señor, le recomiendo ruegue para que pueda salvar mi alma*, le dijo; después añadió: — *Recomiéndole mi Congregación*. Y llora. — Su Eminencia le anima, háblale de la conformidad con la voluntad de Dios y le recuerda que ha trabajado mucho por Él. Advirtiéndole que Don Bosco tiene el gorro de noche en la mano, se lo pone él mismo en la cabeza. Don Bosco está sumamente conmovido y dice: — *He hecho siempre todo lo que he podido. Hágase de mí la santa voluntad de Dios*.

— *Pocos*, observó el Cardenal, *pueden decir esto, como Ud. á la hora de la muerte*.

Y Don Bosco interrumpiéndole: — *¡Tiempos difíciles, Eminentísimo Señor! ¡He pasado tiempos difíciles!... Pero la autoridad del Papa... la autoridad del Papa; se lo he encargado al Ilmo. Sr. Cagliero que diga al Santo Padre que los Salesianos están siempre dispuestos á defender la autoridad del Papa en cualquier parte de la tierra*.—Y al decir esto encendíase su rostro.

— *Sí, querido Don Bosco*, respondió el ilustrísimo Sr. Cagliero que estaba á los pies del lecho, *lo recuerdo; esté Ud. seguro que cumpliré con su encargo*.

— *Pero Ud. Don Juan*, replicó el Cardenal cambiando de conversación, *no debe temer la muerte; ha recomendado á los demás muchas veces que estén preparados*.

— *Nos ha hablado de ella tantas veces* continuó,

el Ilmo. Sr. Cagliero, *que ha sido su tema principal.*

— *Lo he dicho á los demás,* añadió humildemente Don Bosco, *ahora tengo necesidad de que otros me lo digan á mí.* — Don Bosco pidió la bendición del Cardenal, quien, al despedirse, le abrazó y besó de nuevo, lleno de profunda conmoción.

A las 3 vino su confesor, el Rvdo. Sr. Giacometti, compañero suyo de seminario, y estuvieron solos durante algunos minutos. ¡Qué recuerdo nos dejó este buen sacerdote! En el 1885 habiendo caído gravemente enfermo, Don Bosco le había dicho en presencia nuestra: — *Tranquilízate ¡no temas! ¿no sabes que te tocará á tí asistir á Don Bosco en los últimos momentos?*

#### 24 de diciembre.

##### El santo Viático.

¡Qué yo salve mi pobre alma!

A las 7 y 112 de la mañana se hacen los preparativos para traerle el Santo Viático. Don Bosco dice con las lágrimas en los ojos á algunos sacerdotes que le rodean: — *Ayudadme, ayudadme vosotros á recibir á Jesús... yo estoy confundido... In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.* — Entra el Ilmo. Sr. Cagliero con el Santísimo, acompañado solemnemente del clero. Don Bosco llora. ¡Qué espectáculo! Don Bosco revestido con la estola parece un ángel. Ha sido un momento indescrip-

tible. No se oían más que sollozos. Su Ilma. también lloraba.

A eso de las 10 de la mañana dijo al Sr. Durando, que estaba á su lado: — *Te encargo que des las gracias en mi nombre á los Señores médicos por todos los favores que con tanta caridad me han hecho.*

El Emmo. Sr. Cardenal Alimonda vino á las 4 112 de la tarde á preguntar por la salud de Don Bosco. Desde mañana nótase gran mejoría. La respiración es menos afanosa y nada agitada. Duerme casi siempre; no habla.

Sin embargo á las 10 hace llamar á Don Rua y le dice: — *Quisiera que con Don Viglietti estuviese otro sacerdote: temo no llegar á mañana.*

A las 11 el Ilmo. Sr. Cagliero le administró la extremaunción, y, antes de recibirla, Don Bosco suplicó que se pidiese para él la bendición del Padre Santo; lo cual hizo Monseñor aquella misma noche, antes de ir á celebrar pontificalmente la Misa en la iglesia de María Auxiliadora. No habló de otra cosa que de la eternidad y dió algunos avisos. Después, llorando, dijo al Ilmo. Sr. Cagliero: — *Pido una cosa sola al Señor: que pueda salvar mi pobre alma. Recomiendo digas á todos los Salesianos que trabajen con celo y ardor: trabajo, trabajo. Ocupaos siempre é incesantemente en salvar almas.* — A poco quedóse dormido.

25 de diciembre.

## Bendición Papal.

A las 12 vino el Rvdo. Sr. Canónigo Bosso, superior de la *Piccola Casa* de la Divina Providencia, fundada por el Venerable Cottolengo. Don Bosco le recordó cómo la primera vez que le había visto en Castelnuovo era aún jovencito.

Habiendo el Ilmo. Sr. Cagliero pedido la bendición al Padre Santo por telegrama, dirigido al Emmo. Sr. Cardenal Rampolla, ha recibido la siguiente contestación, que demuestra la gran benevolencia del Soberano Pontífice y el vivo interés que toma en la enfermedad de Don Bosco. — *Ilmo. Sr. Cagliero, Turín. — El Padre Santo, con dolido de la enfermedad de Don Bosco, ruega por él y envíale la implorada bendición. — M. Cardenal Rampolla.*

En la tarde han venido á visitarle los Obispos titulares de Cafarnaúm y de Samaria. Habían venido antes los Obispos de Casale, Fossano y Cúneo.

En estos días la niña de la Tierra del Fuego no puede estar tranquila por la enfermedad de Don Bosco. Va á cada momento á preguntar cómo está á la Superiora: — *¡Don Bosco está enfermo!* — exclamaba continuamente, y corre á la iglesia varias veces al día á rogar por largo tiempo ante el Smo. Sacramento para obtener la curación de su

bienhechor. Su rostro se ve de vez en cuando regado en lágrimas; tan grande es su gratitud y dolor.

26 de diciembre.

Última visita del Cardenal  
Alimonda.

Hoy Don Bosco está un poco mejor. Ha recibido la visita de despedida de aquel antiguo alumno que él mismo había poco há invitado á que viniese á pasar con él las Pascuas de Navidad, trayendo también consigo á un hijito suyo. Arrodillado al lado del lecho, se quedó como extático y exclamó: — *¡Oh Don Bosco, oh Don Bosco!* — Don Bosco levantando la mano bendijo al padre y al hijo y, dirigiendo la mirada á lo alto, dióles á entender que iba á esperarlos en el cielo. Apenas hubieron salido, llamó con voz muy baja á Don Rua y le dijo. — *Sabes que es pobre; á él y á su hijo pagarás el viaje en mi nombre.*

A las 4 3/4 de la tarde vino el Emmo. Cardenal á despedirse, estando en vísperas de salir para Roma. Su Eminencia se echó á llorar. Abrazó, besó varias veces y bendijo por último al queridísimo enfermo.

Habiendo llegado de Niza Monferrato la Superiora General de las Hijas de María Auxiliadora con otra hermana, fué introducida en el aposento para recibir la bendición: — *Sí,* dijo Don Bosco,